

Fundación del Estado colombiano

El Héroe y el Estadista⁽¹⁾

Abel NARANJO VILLEGAS

Excelentísimo señor Rector de la Universidad,
Señores:

“Si yo no debo traspasar los límites de la verdad, ni apartarme de los caminos de la moderación; si como David he de observar escrupulosamente mis caminos, y poner una guarda a mi boca, para que mis palabras sean medidas, vosotros también debereis oírme con espíritu recto, advirtiéndome que estais reunidos en un sitio en el cual no habeis de tener sino un solo corazón y una sola alma”.

Con estas palabras, pronunciadas por el Excelentísimo Obispo Fernández y Sotomayor en la oración fúnebre del 24 de Julio de 1840 en Cartagena, creo interpretar el ánimo con que la UNIVERSIDAD CATOLICA BOLIVARIANA ha ordenado mi presencia en esta tribuna, para hablar sobre una de las más discutidas figuras de nuestra historia y elaborar unos perfiles de recuerdo.

Nacida la Universidad con el raudo signo de nuestros días, acogió con aire marcial y constructivo el nombre del héroe americano para sugerir su tremenda vocación de patria. En un suelo agotado para las cosechas del espíritu era preciso volver a los yacimientos de

(1) Conferencia pronunciada en el homenaje que la Universidad rindió al General Francisco de Paula Santander en el primer centenario de su muerte.

nuestra historia, encontrar las inmediaciones del héroe, vislumbrar su torso desnudo y heroico, y hacer que fluyeran de ahí, arrojándose por la borda, los cósmicos influjos del genio que regaran este suelo en donde quiere y late la futura Universidad americana, brotando sus formas universales y eternas, legataria del pensamiento imperial del padre, de su milicia y esperanzas.

Quien penetrase en aquellos días a nuestro claustro, sentiría en ellos "el acre olor del león". La victoria siempre ha llegado sobre el lomo de los himnos, y para la juventud hay que cruzar de símbolos sus caminos. Los más eficaces son los de aquéllos que ven el mundo a través de un bosque de espadas o de lirios. Lo Santo, lo Heroico, lo Sabio, que nos colocan en litigio de fronteras con la Divinidad.

Bolívar tuvo para nosotros la eficacia del rayo. Nacido en los límites del combate, su alma crecía por la medida de las encinas. Si conoció a todos los creadores de historia, recogió su latencia, no para recortar el alma con medidas sino para ensanchar el área y darle sitio al otro, al héroe tipo de un mundo nuevo, que tuviese de Alejandro la rauda concepción geográfica; "de César, la sangre y el aire que respiraba su saludo civil; de Pablo, el amor de lo humilde, de lo proletario, de lo explotado, de lo débil sobre la faz de la tierra; de Carlomagno, la afición de la cultura y el arte. De Colleone, su nariz y su silueta a caballo. De Carlos V, la fortuna de enlazar el mundo europeo con el indio, lo hecho y lo cósmico; de Napoleón, la mirada aquilina y ardiente y el haber querido insertar una revolución social en el cauce de un orden nuevo"; (1) de América, enigma confuso, su destino futuro, oscuro como sus selvas, su duro secreto cordial y su contorno labrado con el modelo de su corazón.

Démos Dios tu designio y voluntad y no nos niegues tu pasión y dolor, que ya América va llegando a la conciencia de tu espada. Nuestro único reproche será el de los hijos de Alejandro. "Qué conquista podremos hacer que tú no hubieras hecho?"

Desde esas premisas vengamos a recordar en este día a quien invadió con su espíritu la conciencia colombiana e hizo posible que dentro de aquel bloque soñado por el padre de América surgiera lo que hoy

(1) Ernesto Giménez Caballero.

llamamos República de Colombia.

Su nombre figura cronológicamente a la cabeza de nuestra organización republicana, porque el General Francisco de Paula Santander da el tono preciso de lo que alcanzaba nuestra raza en aquellos días: un poco enjuta, reacia al soplo de lo monumental, amiga de lo cotidiano, ausente del pasado y el porvenir, con su espíritu puesto en el aquí y en el ahora, hundida en el hecho transitorio como expresión de su mundo interior, solicitada por lo necesario para el buen vivir. Pero no es lícito atascarnos allí porque superada la subsistencia que es la vida, es necesario tomar otra vez el itinerario de las alturas. Nietzsche lo dijo con sabiduría: "lo que importa no es la vida sino la vivacidad".

* * *

Cúcuta es una quieta villa meridional sumida en las costumbres de las ciudades coloniales. Las palmeras son los surtidores vegetales que colman de susurros la castellanía de los patios. Anchas puertas acogedoras, huertos, escudos, pausa, rosario todas las noches, chismografía, crítica a las disposiciones virreinales, adoración al rey lejanísimo. Estamos en 1792 en una casona habitada por vástagos de aquellos recios conquistadores que si bien en ocasiones ensancharon sus arcas con la riqueza nativa, casi siempre llevaron con arrogancia su pobreza, abriendo caminos, derribando selvas, construyendo edificios y sembrando la tierra para que sirviera de camino al Deseado bíblico.

Si entramos a la casa, tras el zaguán protocolario encontraremos a don Juan Agustín Santander con los trazos de aquellos viñateros que en las llanuras castellanas reclutó el siglo de oro para ornamento de su literatura. Emperadores de paisajes como aquél, sin una moneda en el bolsillo pero con aire de reyes, encontró en el Levante la pluma de Gabriel Miró. El claustro de pura cepa huele a Quijote y a azahar. Doña Manuela Omaña desgrana rosarios en el fondo de la pieza mayor, con aquella dignidad peculiar de las matronas cristianísimas. En el solar frutecido juegan los niños y los pájaros. Tras la pequeña catástrofe de la alcoba maternal, un agudo grito conmueve el aire de las salas.

Sigámosle a grandes pasos y veremos a las gentes sorprendidas cuando emite los primeros sonidos articulados llenos de inteligencia y malicia. Entremos con él a la escuela y asombrémonos con sus maestros

de las condiciones de aquel muchacho huraño, sin amigos, sin novia, recluso en sus cuadernos de estudio, indiferente al gesto anfitriónico de sus compañeros. Labios delgados que se aprietan sobre los dientes parejos; nariz enérgica, caminar pausado; el joven Francisco de Paula Santander y Omaña es ya capitán de un alma de 14 años urgida de gobierno y de necesidades.

Veámosle en Bogotá, en donde su tío el Padre Nicolás Omaña le ha conseguido una beca para proseguir sus estudios en el Colegio de San Bartolomé, que es ahora mitad laico y mitad religioso, después de la expulsión de los Jesuitas. Es la época de la revelación. El alma empieza a tener conciencia de sí misma. Don Francisco de Paula se ha convencido de que no podrá ser sacerdote, y se decide por las disciplinas jurídicas bajo el patronato y el auxilio de su celoso tío.

Allí lo encontraremos dentro de pocos años estudiando derecho con el solemne compromiso de ser uno de los más distinguidos abogados del Virreinato y un ejemplar funcionario. No se le conocen sus relaciones con los compañeros, pero se anotan su reserva y buen juicio. Evita el roce brusco con sus superiores. Es finalmente lo que el común llama un muchacho ejemplar, sin rencillas ni empresas audaces.

* * *

Contemplemos rápidamente el paisaje intelectual de la época para encontrar a nuestro prócer moviéndose dentro de él. No es osado decir en una Universidad, que todas las ideas que van a informar el mundo post-revolucionario francés son de estirpe inglesa. Pero es más detonante el genio francés, y por la aduana de la revolución ha tenido que pasar todo aquello para tener acogida, sobre todo en los países de espíritu latino.

Coincide entonces la necesidad de una independencia con el afán que invade al mundo por la configuración de nacionalidades. El espíritu enciclopedista embala todo aquel ímpetu con sus ideales de universalismo laico. Y España está contagiada del mismo espíritu, porque hay que confesarlo, desde que abandonó su ser propio para abastecerse en Francia, es decir, desde la caída de los Habsburgos y el advenimiento de los Borbones con Felipe V, la reacción crece en América y entonces, las paradojas de la historia, lo que no hubo en la época de los Reyes Católicos, tienen que hacerlo los afrancesados: enviar paci-

ficadores. Por eso Bolívar, que decretó la guerra a muerte, una vez cumplida su tarea, exaltó a España y a su destino. Con cuánta razón se afirma hoy que Bolívar no luchó contra España, como entidad histórica, sino contra quienes la traicionaban.

Los Colegios del Rosario, San Bartolomé y Popayán, que eran únicos reconocidos entonces por el gobierno español, recogían los núcleos intelectuales de aquel ambiente pacato y sencillo. Don Antonio Nariño, una de las figuras más nobles de nuestra historia, publicaba clandestinamente las piezas revolucionarias de Francia. Cuánta fue la lucha después para apartar a aquellas gentes que querían hacer aquí una revolución al estilo de aquella, es algo que todavía no ha esclarecido nuestra historia oficial. Bolívar, que se había educado en Rousseau, es el único que logra emanciparse de él para emancipar a los hombres: "Los códigos que consultan nuestros Magistrados no son los que pueden enseñarles la ciencia práctica del gobierno, sino los que han informado ciertos buenos visionarios. Hemos tenido filósofos por jefes, filantropía por legislación, dialéctica por táctica y sofistas por soldados. La doctrina que apoyaba esta conducta tenía su origen en las máximas filantrópicas de algunos escritores que sostienen que nadie tiene derecho a privar de la vida a un hombre, aún en el caso de haber delinquido contra la patria". (1)

Las doctrinas de Juan Jacobo Rousseau establecían por todas partes un sistema de coordenadas universales en torno a las cuales se movía el afán político de los pueblos. España no estuvo ausente de esa preocupación (Mariana). Nuestros intelectuales de San Bartolomé y el Rosario, pensaban lo mismo que los de París y Madrid.

"Cuando Rousseau publicó el "Contrato Social", dejó de ser la verdad política una entidad permanente. Antes, en otras épocas más profundas, los Estados que eran ejecutores de misiones históricas, tenían inscritas sobre sus frentes y aún sobre los astros, la justicia y la verdad. Rousseau vino a decirnos que la justicia y la verdad no eran categorías permanentes de razón, sino que eran en cada instante decisiones de voluntad".

"Rousseau suponía que el conjunto de los que vivimos en un pueblo tiene un alma superior, de jerarquía diferente a cada una de nues-

(1) *Manifiesto de Cartagena.*

tras almas y que ese yo superior está dotado de una voluntad infalible, capaz de definir en cada instante lo justo y lo injusto, el bien y el mal. Y como esa voluntad colectiva, esa voluntad soberana, sólo se expresa por el sufragio. venia a resultar que el sufragio, tenía la virtud de decirnos en cada instante si Dios existía o no existía, si la verdad era la verdad o no era la verdad, si la patria debía permanecer o si era mejor que en un momento dado se suicidase.” (1)

En esa oposición de criterios hay mucha conflictiva de la que encontraremos ahora en nuestros hombres frente a la revolución. El grupo bogotano representa toda la influencia europea con el infantilismo tropical, romántico, generoso pero inadecuado. Son los revolucionarios que quieren hacer historia con instrucciones en cartilla. Desde ahí viene nuestra tupida complejidad histórica. Somos un precipitado de formas que subyacen yuxtapuestas como chuspas de siglos en las generaciones. Bolívar recorrió geográfica y espiritualmente la historia y su escenario para crear el héroe de formas universales. Era el mundo antiguo, medio y futuro a un mismo tiempo, con un simbolismo sinfónico de quien sabe que la historia es una tarea, un quehacer, una marcha en tres tiempos: pasado, presente y futuro.

La piel de su corazón era templada como un tambor de guerra; con su redoble marcial innumerables dianas galopaban en su sangre. Fue el hombre agobiado de designio, que rompe los resortes de una época para crear otra, usufructuando para la empresa inclusive aquellas cosas que van a periclitarse. La vida para estos hombres así no es un fin sino un medio para realizar un destino colectivo; por eso la mantienen en vilo sin creer en las mentiras de la felicidad; su voluntad tensionada no se sosiega sino sobre el tumulto de los peligros; su clima es el redoble, el canto, la cima rutilante de las constelaciones donde mil voces confusas están ofreciendo los caminos, porque como afirmó el filósofo germano que se llamó a sí mismo el de las siete soledades, “el hombre que no lleva en su espíritu canciones, es un malvado”.

Esta posición del alma tiene que vivir agonalmente con las vecinas. Porque Bolívar desde los diez y seis años estaba listo a ser héroe, mártir o dictador. Era la encarnación total del héroe que con plena conciencia prepara el advenimiento de un orden centrado en la justicia, lo

(1) José Antonio Primo de Rivera.

busca por todos los caminos hasta que crea la necesidad de la hazaña para todos, es decir, la certidumbre de ciertas épocas en que la vida es cuestión de vida o muerte. Los otros son los próceres, los hombres de la ocasión a quienes es posible admirar su voluntad de sacrificio por algo que ellos no supieron en todos sus pormenores.

Estos otros vivían exclusivamente el presente. Bolívar tenía raíces en Alejandro, César, Carlo Magno, Carlos V, y el futuro. Santander era el Renacimiento europeo con su manía de nacionalidades. Su raíz está sobre la curva florentina en las tesis de Maquiavelo aptas para hacer héroes de lámina, con atuendo civil. Bolívar era el hombre de la unidad y Santander el de los partidos. Bolívar el creador de un orden, Santander el *del orden*. Bolívar el de la ley, Santander el de *las leyes*. Bolívar es la nación con su oscuro seno sentimental, probeta de la raza futura; Santander es el Estado. Santander es finalmente Montaigne, enciclopedismo, Rousseau, Bentham, el pragmatismo, es decir, lo moderno, contra Bolívar que es LA HISTORIA. Por todas partes se adivina que Bolívar tenía de la historia la idea de Vico, y por eso nunca vivió con *pose* histórica. Así son los creadores. La intuía sobre un relieve monumental que ahora vemos más cercano en el horizonte. No partió de un plan, enclausulado, con numerales e incisivos porque "tenía un sentido permanente ante la vida, y ese propio sentido le daba las soluciones ante lo concreto, como el amor nos dice en qué casos debemos reñir y en qué casos nos debemos abrazar, sin que un verdadero amor tenga hecho un mínimo programa de abrazos y de riñas". (J. A. P. de R.).

* * *

Con un ambiente intelectual más o menos descrito estalla en 1810 el movimiento en casi toda América. Santander está terminando sus estudios de Derecho y las circunstancias lo arrastran a incorporarse a la revolución. Desde que el movimiento se define como algo estable, le vemos en las Juntas realizando combinaciones parlamentarias, con miras a organizar gobierno. Su talento político lo empeña en asumir posiciones de dirección, y es en Bogotá el que define desde entonces el tipo de político colombiano. No olvida que ha nacido en las fronteras con la capitania de Venezuela, y rehuye el entendimiento con aquellos. De cuántas amargas sirvió este resentimiento, no es para decirlo hoy,

pero de todas maneras, mientras Bolívar organizaba montoneras y recorría en 15 días desde Caracas hasta Cúcuta esparciendo conciencia de emancipación, encontramos a nuestro prócer en las oficinas de Bogotá, parlamentando con los amigos, y entretanto se les entran los pacificadores y fusilan a cuantos encuentran, menos a los que estaban parlamentando. Sámano comete el error de incluir hasta las mujeres en la represión.

Así cae en sus manos una mujer memorable que debería tener para nosotros todo el fervor de los franceses por Juana de Arco. Policarpa Salavarrieta es una muchacha de sin igual belleza, carne prieta y un espíritu que la consume como una llama. Por su cuenta se convierte en enlace entre los combatientes lejanos que limpian de realistas todo el oriente americano y los beligerantes de la sabana. Casi núbil, está prometida a una de los soldados de la emancipación, y para salvarlo se compromete con heroísmo que no conocieron los fugitivos de la pacificación. Cuando sube al patíbulo todo el mundo se estremece, cuenta el cronista, porque su carne es demasiado temprana para pasto de la muerte. Como dijo Pío XI de Dollfuss, apenas tenía el suficiente barro para sostener el alma. Su belleza trágica invade las noches bogotanas y cuaja la venganza en la punta de los aceros.

Santander, que no se complace con los textos de estudio, ha encontrado en la biblioteca un libro de Bentham en donde lee cosas como éstas: "Vuestro objeto único es buscar el placer y evitar el dolor. Estos sentimientos eternos e irresistibles deben ser vuestro gran estudio. El principio de la utilidad es el primer eslabón en la cadena de mi enseñanza. porque la utilidad lo subordina todo a estos móviles. La virtud no es un bien sino cuando ocasiona placer y el vicio no es malo sino cuando causa pena". La vacuidad de estos principios no requiere prueba. Por más que se duelan muchos sobre la decadencia de una cultura como la colombiana que ellos no han ayudado a desarrollar, yo estoy seguro de que la mejor manera de combatir hoy a un hombre como Bentham es publicando sus principios. Algo ha ganado el país en elegancia interior, en sutileza de espíritu, porque el más humilde estudiante de bachillerato, sin estudios de filosofía, encuentra argumentos contra semejante vulgaridad. Inglaterra logró invadir al mundo con esa filosofía, mucho más destructora que el poderío de sus armas reales. Pero el origen de ese imperio está vinculado al fracaso europeo científico.

Empero, aquí fue otra cosa. Nuestro prócer no tiene defensas y por otra parte dice un pensador nuestro: "Cada ser se encuentra en la vida indefectiblemente con aquellas circunstancias precisas para el desarrollo de su destino". (1)

Santander empieza a aplicar aquellos principios a nuestra urgencia de Libertad. La utilidad para los pueblos es el argumento central que él mueve cuando aboca resueltamente el tema.

Esas ideas las llevará al gobierno una vez realizada la emancipación.

* * *

No será preciso hacer aquí una lista de efemérides desde que se firmaron las actas independientes, se consumó el terror español, hasta que ningún realista volvió a intentar acciones de gobierno sobre estas provincias. Bolívar recorre triunfalmente desde Caracas hasta los valles de Cúcuta. Al frente de 500 hombres casi desnudos derrota un ejército regular de 15.000 hombres. Los minutos son medidos con relámpagos. La última hora es la mejor batalla. El sable adhiere al puño glorioso con más orgullo que en las termópilas. Carache, Niquitao, Horcones, Taguanes, Barinas y Tinaquillo conocieron el fulgor de aquel rostro espaciado en las montoneras rutilando en la tierra y en las nubes como una aparición. Pelea, ordena, escribe, delira, galantea, da órdenes de muerte o de perdón, y cuando empieza a subir un día sobre el lomo del Ande, parece que jinetea un Continente. Allí va con la pupila quieta como si dialogara con Marte, mientras los soldados atrás sienten en el rostro la lumbre mosaica de la zarza. Da ganas de exclamar con el poeta: "Jamás los hombres vieron nada más grande bajo el cielo". (2)

Cuando llega a Cartagena su carne huele a bronce y su voz es ya el acento de América que esperó muchos siglos la garganta que lo acuñara.

Carabobo, Pichincha, Junín, Boyacá y Ayacucho son las índices de aquella energía encadenada. Y el genio no da tregua. Cada re-

(1) Fernando González.—*Santander*, pág. 33.

(2) Carlos Pellicer.

gión que siente libre su suelo de enemigos, se apiña en torno a los estadistas que van a regirla. Bolívar prosigue borrando fronteras, porque para algo se apretaba su corazón cuando sobre la cumbre estelar descuajaba a América.

Es la ecuación inevitable de todo el devenir. Frente al impulso, el lastre; frente a lo audaz, lo prudente; frente a lo que se aleja demasiado de la tierra, la fatalidad física de los pesos. Mientras el padre escribe la carta de Jamaica, que es hasta hoy el más grande monumento de la sociología americana, precisando los linderos raciales de América, los pueblos quieren regresar a la rutina de las divisiones españolas. Proyecta un imperio que encadene a Colombia, Venezuela, Ecuador, Perú y Bolivia. Panamá, sitio de reunión americana. En la Goajira un puerto entre civil y militar como capital, desde donde se pilotee la política del continente. Conversa con San Martín para que federe en el Plata y con dos imperios en el Sur, el porvenir, la raza cósmica, la fortaleza y el mundo para influir.

La oposición, las teorías francesas, la necesidad de ordenar en pequeño, las diferencias de pueblos, las antipatías cultivadas por los interesados, los argumentos derrotistas por la extensión territorial, y otra vez Bolívar con el ejemplo del imperio romano fundador de una cultura con menos hombres y con ideas más estrechas para un mundo más extenso. Pero importan más las juntas, y los cabildos, y Rousseau, y los derechos del hombre, y la libertad de cada grupo.

Circunscribámonos, pues, a Colombia cuya compañía libertadora había terminado en Boyacá y veamos a Santander, designado por Bolívar como Vicepresidente el 20 de Septiembre inmediato a la victoria.

La obra del General Santander empieza en ese día, porque el Libertador prosigue su itinerario fulminante desde Angostura, en donde escribe para el Congreso un mensaje digno de un fundador constitucional, mezcla cimera de César y Montesquieu, Licurgo y Alejandro a un mismo tiempo. Santander se dedica a organizar la administración de la Nueva Granada con una eficacia que consolida sus condiciones de gobernante. Administración de Justicia, distribución administrativa, descentralismo, ordenación fiscal, educación nacional, ejército, policías, todo aquello destinado a que los colombianos supieran ya que tenían patria sin verla demasiado semejante a la que existía cuando todos dependían de España. Con un método frío, "sin prisas y sin pausas", es pre-

ciso admirar aquel orden que iba brotando en un suelo secularmente dedicado al servicio de una metrópoli lejana.

Hay que percatarse de lo que cada capítulo de aquellos significa en un pueblo que no conocía lo que era organizarse por sí mismo y tenía el infantilismo de los Estados recién nacidos, a quienes hay que enseñarles a autodeterminarse para la libertad y a acostumbrarse a mirar la autoridad encarnada en hombres salidos de su mismo grupo de relación. Particularmente se hace sociológicamente complejo este ordenarse caótico en un pueblo resentido y suspicaz como ha sido y será el nuestro, mientras cumple su proceso de especificación étnica y espiritual.

Por otra parte Bolívar, con una visión total de la obra que se estaba realizando, se había dado cuenta de que Venezuela podía ser más muralla a la dominación española por la rudeza de sus gentes, y la violenta reacción de libertad que él había creado. Su táctica, pues, era organizar en Colombia, país de gentes pacíficas, de tierras fecundas y dilatadas, con más inclinación a las cosechas que a las hazañas, para que abasteciera el heroico ejército con que había de dar la batida final en su propia tierra. Esta comisión la desempeñó Santander con una organización formidable que permitió mantener un ejército de 30.000 hombres que acompañaban a los jefes por el Apure, el Orinoco, el Magdalena, el Atrato, acosando ferozmente a los españoles por la costa, desde Cartagena a Maracaibo; por el Pacífico ocupando a Pasto y al Ecuador, y por todos los flancos de Panamá, Corinto americano, soñado por el Libertador para el predominio comercial gran colombiano.

Mantener el convencimiento de que se está en guerra en un pueblo reacio a esa saludable disciplina, y mantenerlo así trabajando es una empresa digna de un organizador minucioso. Pero aparte de esta tarea, Santander organiza los cantones, como entidades administrativas intermedias entre ciudades y villas, que fueron los núcleos administrativos de España.

Sus inquietudes en Bentham vuelven a aparecer sobre el haz de su conciencia, y entonces por intermedio de José Manuel Restrepo, un instrumento suyo en el Ministerio, solicita facultades del Congreso para reformar la educación pública en 1872. Si Santander hubiérase limitado a la ingente labor de crear, como creó, escuelas en todos los distritos, y Colegios en todas las capitales de Provincia, sus títulos a la gratitud nacional serían mucho más grandes que cuando aprovechó toda

aquella vasta red instruccionista para educar al pueblo colombiano en el utilitarismo.

Establece los tribunales, gobernadores de provincia, alcaldes, etc., trabando una admirable jerarquía de funcionarios dispersos en todo el país, para garantizar la libertad de los ciudadanos.

Indemniza o devuelve las propiedades confiscadas por los españoles y premia a todos los que han padecido por la independencia. Funda establecimientos de castigo, crea premios para los buenos ciudadanos, dicta las primeras medidas de higiene fundando un lazareto, promueve las fábricas de municiones y funda el Museo de Bogotá.

Ningún aspecto le fue ajeno a este hombre nacido para la organización del Estado, y a quien si no podemos perdonar la ausencia de aquel penacho poético de todos los productores de historia, tenemos que admirarle su sentido de orden, su paciencia para el detalle y su voluntad de gobierno.

* * *

Estas dos etapas de su destino lo empalman a la familia grande de los estadistas. Santander está en su plenitud dándole al país una estructura civil, que no es tampoco como se ha creído ni la más benéfica, ni tampoco la que él ambicionó. Prueba de ello es la manera altiva como sostuvo contra muchos adversarios la necesidad de un gran ejército. La experiencia le había demostrado que la libertad no está tutelada sino a la sombra de las bayonetas. Después de impulsar la necesidad de aquellos códigos que Bolívar había solicitado en el mensaje para presentar la Constitución de Bolivia, había llegado al convencimiento de que con una administración de justicia pura, con magistrados concedores de la ley, y unos códigos ejemplares, los derechos de los ciudadanos estaban garantizados. Pero la obra completa no era esa sola, como no lo serían las costas urbanizadas, balnearios clamantes para turistas, que de pronto pueden no llegar con traje de baño sino de piratas. Entonces mantuvo un numeroso y ejemplar ejército que fuera capaz de tutelar todas aquellas instituciones.

Esa interpretación pacifista que se ha dado al prócer colombiano no se adecúa ni a su temperamento ni le hace beneficio. Por querer interpretarlo así, la República ha vivido desarmada, sometida a todas las emboscadas. Santander, que era un jurisconsulto, había también sen-

tido un día aquella fornida expresión spengleriana: "La justicia de una cultura sólo la defiende eficazmente un pelotón de soldados".

Ese fue su gesto más admirable, cuando sintió que debajo de la toga tribunicia le crecían las charreteras y abdicó a aquella para que éstas le indicasen los dorados caminos. Fue cuando retirado al Casanare organizó allá su gobierno y en una choza solitaria daba órdenes con un flamante nombre en la entrada que decía: "Palacio Presidencial". Sumido en aquellas soledades, Santander da, tal vez sin quererlo, la norma para los gobiernos colombianos. Acampados en el trópico han establecido con su país una distancia de las Tullerías a las factorías asiáticas. Santander baja a la selva y al río, donde late la vida rústica en un treno de siglos. Buscar su pulso salvaje para ordenario en vivencias de cultura fue su lección inolvidable, para que los sucesores supieran que habían llegado a la vida no en una metrópoli de modos antiguos, apacentada ya en la lujuria de los estilos, sino en una raza confusa como la selva a la que es preciso ir abriendo los caminos hacia un estilo y una forma que no han conocido.

Gesto admirable que contradice todo lo que ideológicamente había pensado, porque cuando abandonó las lentas maneras de estudiante para seguir el veloz itinerario del soldado, degolló todo el utilitarismo aprendido para acoger una forma más entera y total de vida, cumpliendo aquel precepto de Guyau cuando ordena "seguir la profesión universal que es la del HOMBRE".

Después de un ajeteo político de veinte años, en que alternativamente estuvo en el poder o en la oposición, cuando las cruentas divisiones le habían enseñado la razón de Bolívar para repetir a cada instante: Unidad, Unidad, Unidad, Santander empezó a sentir el influjo de partidos que él había creído benéficos para la patria. La energía que el país no había tenido siquiera en los días de la independencia, las gastaba ahora en groseras luchas de vecinos. Yo he creído que el hecho de que nuestra patria hubiera tenido nacimiento como entidad en un modesto conflicto de medianerías, le ha dado esta semblanza que ahora nos duele.

Las luchas de partido, si tuvieron a veces fecunda y noble trayectoria, acostumbraron a los colombianos a ver una patria media y sin zozobras, cada cual encasillado en lo suyo cuando se necesita verla de

frente, entera y varonil con su gesto imperial y su espada a la ofensiva. Todo esto que sería detestable para dicho en una plaza, tiene que ser el vocabulario para una Universidad que tiene todo el linaje de Colombia la Grande. Porque aquí no se enseña la conformidad ni puede seguirse nutriendo una juventud que busca primero a los enemigos del Libertador para informarse de su vida e ignora olímpicamente a los panegiristas, como si para estudiar a Jesu Cristo nos fuéramos a través de sus enemigos y no buscáramos su aliento divino en el Evangelio.

Aquí amamos a Colombia con un amor amargo, y sólo partiendo de esa posición creemos servirla algún día para verla con la imagen que queremos y con su cuna Imperial.

Los últimos días de Santander quizás se llevaron el silencio de esta certidumbre, porque su melancolía lindaba con la muerte. El pueblo se había satisfecho con cantar a la libertad, sin darse cuenta de que ésta tiene que ser una conquista diaria, y que nadie puede ser libre en un Estado que no lo es. Asegurar su autonomía tiene que ser el primer camino de quien busca la libertad de sus connacionales. Y Santander se persuadió de que muchos enemigos asechaban en trozos la diminuta repartición.

Hoy hace cien años rindió su jornada este varón a quien la patria recuerda entre sus más célebres gobernantes. Cuando libraba en el Congreso la última batalla parlamentaria, fue herido de un mal fulminante y su sepulcro selló muchos labios. Nosotros acogemos hoy el símbolo militar de nuestro nombre y alzamos la mano hasta la altura de la vicera para recordar al soldado, mientras una oración silenciosa amortaja su alma, que es desde hace un siglo embajadora ante la eternidad.

He dicho.